El vuelo de Ícaro

Gustavo Martín Garzo



Esta tarde el inspector ha pasado a ver a don Fernando y he sido yo quien les ha servido el café en el despacho. Al entrar con la bandeja, el inspector me ha mirado de arriba a abajo. Es de los que te desnudan con los ojos. Estaban hablando de la desaparición de Goyito, y el inspector, sin dejar de mirarme las piernas, ha dicho:

-Es lo más extraño que he visto nunca.

Y a mí me ha hecho sonreír, porque por primera vez en mi vida, me ha parecido tener algo que es sólo mío, algo que los demás no tienen, y que me necesita para seguir existiendo. Como tener escondido un pájaro y saber que en cualquier momento puedo sacarlo de mis ropas y echarlo a volar por las habitaciones. Hasta me he atrevido a devolverle la mirada al inspector, con una expresión de desafío. "Púdrete", le he dicho con el pensamiento.

Y él se ha debido dar cuenta porque enseguida ha vuelto la cabeza.

-No ha podido esfumarse en el aire -ha dicho el señor, haciendo que sus dedos tamborilearan sobre la mesa, lleno de impaciencia.

-Lo sé, don Fernando –le ha respondido el inspector cada vez más nervioso, cuando está nervioso tiene que aflojarse el cuello de la camisa porque se pone a sudar como un cerdo-. Pero por más vueltas que le doy a los hechos no consigo encontrar una explicación.

Encontraron en el tejado la ropa de Goyito pero que no pudieron dar con él, esos son los hechos. ¿A dónde se había ido? Y, lo que es aún más extraño, completamente desnudo.

-¿No decíais que era medio retrasado? -les dije en la cocina a Pilar y a Antonia-. Pues por eso se ha ido, porque estaba cansado de que todos se metieran con él.

Y he añadido con rabia:

-Ha hecho como Ícaro.

Pilar es la cocinera y lleva toda la vida con los señores, y Antonia, que tiene mi misma edad, dieciocho años, la doncella. La historia de Ícaro la conocemos por un cuadro que hay en el salón. Ícaro era un griego que se construyó unas alas para volar. Logró hacerlo pero quiso llegar hasta el sol y como las alas eran de cera se derritieron por el calor. En el cuadro del salón se le ve cayendo de espaldas, con las alas deshechas. Aunque a pesar de la tragedia su expresión es muy dulce, como si regresara a la tierra dormido. El señor, que se pasa todo el día en su despacho leyendo libros, nos contó una tarde su historia, y a mí se me quedó grabada su última frase.

-Su vuelo representa el anhelo de lo imposible.

En esto era como Goyito, que siempre andaba con ideas raras en la cabeza. Como si no se conformara con que las cosas fueran como son. Claro que a él no le faltaba motivo. Porque la verdad era que daba pena mirarle. Con aquella espalda tan torcida como los muelles de los somieres. Hasta los chicos se metían con él por la calle

-¿Qué, Goyito -le decían los muy brutos- todavía no has encontrado el duro?

Doña Julia, la señora, le aceptaba en su casa porque había conocido a su madre y a toda su familia, pero lo cierto es que no podía soportar su presencia. Por una sola razón, porque doña Julia no puede soportar la presencia de nadie que tenga un defecto físico. Una simple verruga que te sale en el rostro basta para que huya de tu lado.

Estos días anda cabizbaja y errática por la casa, y la sola mención de lo sucedido basta para hacerla suspirar.

-La culpa es mía –murmura- por dejarle subir al tejado.

Eso fue lo que pasó. La tormenta había arrancado de cuajo la antena de la televisión y Goyito se ofreció a arreglarla.

-Para eso me basto y sobro yo solo -le dijo a Pilar cuando ésta se lo comentó.

Y así fue. Se presentó por la mañana y Pilar y Antonia le acompañaron al tejado, porque quería reconocer el terreno. Acababa de llover y las tejas relucían por la humedad, por lo que Pilar le dijo que tuviera cuidado no se fuera a resbalar. Pero Goyito se escurrió ágilmente por una de las ventanas de las carboneras. Se movía como los gatos. Las chimeneas, las ventanas y las tejas estaban tan impolutas como la nieve que cae en las montañas. Goyito regresó unos minutos después.

-Esto es pan comido -dijo sacudiéndose el yeso de las manos cuando regresó de su reconocimiento-. La voy a poner arriba del todo, como si fuera una espina de besugo.

Goyito tenía esas salidas. No hablaba como las otras personas, tenía que decirlo todo a su manera. Como si viera siempre dos cosas: lo que veíamos los demás, y otra cosa de la que sólo él se daba cuenta, pero que tan pronto te la hacía notar tampoco tú podías dejar de ver. Como eso de las antenas de las televisiones, que a partir de entonces siempre fueron para mí como la espinas que se dejan en los platos después de comer pescado.

No creo que fuera un poco retrasado, como decía doña Julia, aunque en la escuela no hubiera aprendido ni siquiera a leer. Esto último no quería reconocerlo, y para negarlo hacía aquellas demostraciones que tanto nos

hacían reír. Tomaba el periódico o el libro y fingía que estaba leyendo. Cosas que no sé de dónde se sacaba, pero que él iba recitando sin equivocarse, como si efectivamente estuvieran escritas en aquellas páginas. El señor se lo pasaba en grande y muchas veces, cuando venían sus amigos, llamaba a Goyito para que le leyera.

-A ver, Goyito, léenos lo de las propiedades de la materia.

Y Goyito cogía muy serio un libro y empezaba a leer:

-La materia es constante, permanente, indestructible. Los cuerpos pueden cambiar de masa, volumen y de forma, pero las partículas materiales últimas son inalterables.

Y el señor y todos sus amigos, le aplaudían en medio de grandes risotadas, mientras Goyito se ponía rojo de satisfacción.

También se sabía frases enteras de las novelas. Las abría por cualquier parte y leía:

-Jamás seas mezquino en nada; jamás seas desleal; jamás seas cruel. Evita estos tres vicios, Trot, y siempre creeré en ti.

Pero con la verdadera habilidad de Goyito estaba en sus manos. Eran también lo más bonito que tenía. Largas, delgadas, como si estuvieran pensadas para abrir cajas de caudales. Es lo que decía él, poniéndolas complacido sobre la mesa, que él tenía que haber sido ladrón.

Y añadía, acercándose a Antonia y a mí, que nos meábamos de risa:

-Os llevaría a Montecarlo y dejaríamos a todas esas señoras tan cursis peladas como las gallinas.

Cuando subió al tejado, Antonia y Pilar estaban en la cocina terminando de preparar la comida. Fueron ellas las que vieron caer su camisa. Se asomaron a la ventana y, como no le encontraban por ningún sitio, estuvieron mirando al tejado. La caja de herramientas estaba junto a la antena, y su ropa diseminada a su alrededor. Se lo había quitado todo, hasta los calzoncillos y los calcetines. Se llevaron un susto monumental, pues pensaron que se podía haber tirado a la calle, pero no dieron con él. Fueron a decírselo a doña Julia y ésta llamó a la policía. Vinieron dos guardias. Antonia conocía a uno de ellos, que era de su pueblo. Bajó del tejado dándose importancia, como si fuera el inspector Clouseau.

-¿De quién son esas ropas?

-De Goyito -le contestamos.

Fueron a por la máquina de fotos y estuvieron fotografiando la escena de los hechos, como decían ellos. De vez en cuando se volvían y nos miraban con ojos acusadores, como si supiéramos algo que no les quería-

mos decir. Se comportaban como buitres que se cernieran sobre nosotras devorando cada una de nuestras palabras y de nuestros gestos. Las ropas de Goyito estaban tiradas por el tejado, como si se las hubiera ido quitando según se acercaba a su borde. Allí, en la misma cornisa, estaban sus zapatos; con las punteras mirando al vacío. Como si se hubiera ido a dar un baño y los hubiera dejado a la orilla del agua.

Luego vino el inspector y estuvieron toda la tarde buscando por los tejados. Llegaron a revisar sin éxito la manzana entera.

-No tiene explicación -dijo el inspector secándose el sudor de la frente.

Luego, al pasar por el salón, se quedó mirando el cuadro.

-Es el vuelo de Ícaro -le dijo Pilar.

Y se vio que no sabía quién era, aunque, como era muy orgulloso, no se atreviera a preguntarnos nada.

Pero Goyito e Ícaro se parecían. Ícaro se había construido aquellas alas y Goyito siempre se estaba sacando cosas de la cabeza. De hecho podía haber sido inventor, y de los grandes. Para cualquier problema tenía una solución. En la casa había instalado un sistema como en los hoteles, de forma que cuando llamaban al timbre caía una plaquita con un número que te indicaba la habitación a la que había que ir. Pero como nos armábamos un lío espantoso a Goyito se le ocurrió poner fotografías. Tocaba el timbre, y lo que veías caer era la cara de la señora, la de don Fernando, o la de las señoritas, y así sabías enseguida quién te estaba llamando. También inventó la fregona, aunque este invento no prosperó porque a doña Julia le dio por decir que el suelo no quedaba bien así, y que lo que éramos era unas vagas que no queríamos fregar de rodillas que era como siempre se había hecho. Y hasta el mando a distancia, que una vez que el señor se hizo un esguince en el tobillo y Goyito le puso al cable un alargador para que pudiera apagar y encender el televisor sin moverse del sitio.

Pero cuando floreció todo su ingenio de inventor fue cuando la señorita Sofía, la hermana pequeña de doña Julia, tuvo aquel accidente. La señorita tenía la voz más dulce, la risa más alegre, los modales más agradables y fascinantes que se puedan describir. Todo en ella era diminuto, y eso la hacía más preciosa a los ojos de Goyito. Pero aquel accidente la cambió el carácter. Fue una cosa terrible porque la pobre se quedó ciega por un tiempo. Estaba tan desesperada que, sobre todo cuando la trajeron del hospital, no se podía hacer vida de ella. De pronto se tiraba de la cama, como si las ropas se hubieran puesto a arder, y si no corrías a cogerla llegaba a darse contra las paredes, como hacen las polillas. Goyito inventó aquel sis-

tema de alarma. Unas campanitas que colgaba en su cuarto, por encima de su cama, y que la señorita hacía sonar cuando se levantaba, poniéndonos sobre aviso. También inventó las sesiones parlantes. Teníamos que ir al cine y luego, en un magnetófono, grabábamos el argumento de la película. La contábamos de arriba a abajo para que la señorita la pudiera escuchar cuando estuviera aburrida, y así estuviera al tanto de toda la cartelera. Pero lo más hermoso fueron los caminitos hechos de hilo. La señorita no se quería levantar de la cama, y él tendió hilos por toda la casa, de forma que ella, sirviéndose del tacto pudiera orientarse sin dificultad e ir de unos cuartos a otros. Los hilos tenían diferentes colores y verles volar sobre nuestras cabezas, era de las cosas más hermosas que puedan imaginarse. Como ir bajo una enramada hecha sola de pensamientos.

Estaba loco por ella, y de hecho me siento un poco culpable por una cosa que pasó. Una tarde yo llevaba hacia el baño a la señorita y me encontré a Goyito en el pasillo. Ni aun ahora sé por qué se me ocurrió aquello. El caso es que le indiqué con mis gestos que nos siguiera. Goyito entró en el baño detrás de nosotras, y vio cómo la desnudaba y la ayudaba a meterse en el baño. El vapor del agua hirviente, el aroma de las sales de baño hacía de aquel lugar un espacio de ensueño. Era cosa de ver el rostro resplandeciente de la señorita en medio de la tenue nube que formaban aquellos exquisitos efluvios, mientras se movía en el agua. Su delgadez parecía provenir de un fuego interior que la consumía y que se reflejaba en sus ojos febriles. Yo le pasaba la esponja, y con el rabillo del ojo trataba de escrutar la expresión de Goyito, que miraba la escena maravillado.

A la señorita le gustaba que Goyito la fuera a visitar. Tenía una forma cautivadora de tratarle, como si fuera un juguete al que pudiera abandonar cuando se cansara de él. A veces hablábamos del amor, y para animarla le decíamos que no se preocupara porque muy pronto estaría bien y seguro que aparecería algún chico que la robaría el corazón.

-¿Cómo va a pasar algo así –nos contestaba riéndose- si ni siquiera sé si tengo corazón?

Luego la señorita se fue. La operaron en Barcelona, en una clínica muy famosa, y muy pronto pudo ver de nuevo. Recuerdo que cuando se lo dijimos a Goyito se puso a llorar como un niño. Pero la señorita no regresó como nos había prometido. Doña Julia nos decía que estaba demasiado ocupada, pero yo creo que los ricos son siempre así. Tienen demasiadas cosas, y cuando se cansan de una enseguida se encaprichan de otra nueva.

No tienen tiempo de ponerse a pensar en lo que dejaron atrás. Como hacemos los pobres, para los que la memoria es todo lo que tenemos.

A partir de entonces Goyito se hizo más reservado y empezó a ir menos por casa.

Un día me lo encontré en la calle, y se lo reproché.

-Ya no nos quieres ver.

Y él se encogió de hombros.

Fue entonces cuando pusieron aquella película. El jorobado de Nuestra Señora de París. Salí con el corazón en la boca. Incluso fui a la iglesia a rezar para que Goyito no la fuera a ver. Pero no tardó en hacerlo, porque el señor tenía cines y él entraba gratis en todos. La vio veintitrés veces, y siempre salía con el corazón destrozado.

Fue entonces cuando Pilar se lo encontró por la calle y, al decirle lo de la antena, se ofreció a arreglarla.

Llevábamos cerca de dos meses sin verle y recuerdo que lo primero que me preguntó fue si había visto aquella película.

-Esmeralda es como la señorita –murmuró, cogiendo mi mano entre las suyas.

Creo que era en eso en lo que pensaba cuando decidió escaparse de aquella forma. Que su fuga llegara a oídos de la señorita, pero también vengarse de todos nosotros, que nos reíamos de él. Decirnos que no le conocíamos, que nadie en aquella ciudad sabía de lo que era capaz.

Y yo soy la única que conoce su secreto. Porque aquella tarde, cuando Pilar y Antonia vieron caer su camisa, yo, que estaba en mi cuarto, le vi escaparse por el tejado. Corría desnudo de una chimenea a otra, como una luz errabunda, y cuando me descubrió en la ventana se detuvo un momento y se llevó un dedo a los labios, para pedirme que guardara silencio.

Y eso he hecho, aunque debo reconocer que me cuesta. La otra tarde, por ejemplo, Toño, mi novio, casi se enfada conmigo. Estábamos sentados en un banco y como apenas le hacía caso se molestó.

-Tú me ocultas algo -me dijo.

Y a mí me dio la risa, porque estaba pensando en Goyito y en que, gracias a él, hasta el mismo Ícaro se había hecho famoso en la ciudad entera. Ese había sido el titular del periódico: *Un Ícaro castellano.* El inspector estaba que se le llevaban los demonios porque todos en la calle le gastaban bromas con este asunto, y yo no podía dejar de pensar en el pobre Goyito corriendo desnudo por el tejado, en dónde podría estar, y en lo hermoso que habría sido que de verdad se hubiera podido ir volando, dejándonos

pasmados a todos. Pero ¿importaba tanto que no lo hubiera hecho?, ¿acaso no vivíamos gracias a las mentiras? Por ejemplo, ¿amaba yo a Toño? No, al menos, como Quasimodo, el jorobado de aquella película, amaba a la gitana Esmeralda. Y sin embargo, me gustaba aparentar que lo hacía. Eso era el amor, fingir que era posible lo que no podía ser.

Por eso, cuando esa tarde regresé a casa me dio por llorar como una tonta. Me acordaba de mi novio, y en cómo me había mirado con aquellos ojos de ternero, que la verdad es que daban ganas de sacárselos de los párpados y ponerte a chuparlos, y me parecía que no me estaba portando bien con él. Incluso me hice el propósito de contárselo todo al día siguiente. Pero llegó ese día y, aunque estuve más cariñosa que nunca para tenerle contento, seguí sin abrir la boca. No sólo por Goyito sino también por mí, y por Antonia, que acababa de conocer a un chico y estaba viviendo en las nubes desde entonces. Porque no se puede vivir sin secretos.

Los secretos son como el pájaro que se golpea contra los barrotes de la jaula. "Déjame salir, déjame salir", repite una y otra vez. Y no digo que no apetezca, pero hay que aguantarse las ganas. Me he dado cuenta de que sólo queda el silencio cuando alguien deja abierta la puerta y el pájaro está en libertad.

